



naba la casa del Señor (1). Entonces dijo Salomon: «¡El Eterno ha dicho que habitaria en una nube! Yo edificué una casa para morada vuestra, un trono para que habiteis en él por siempre.» Y el rey, volviéndose, bendijo á la asamblea de Israel, que estaba de pié, y dijo: «Bendito sea Jehová, Dios de Israel, que habló por su boca á David mi padre, y que por su mano ha cumplido su palabra, diciendo: Desde el dia que saqué de Egipto á Israel, mi pueblo, no escogí ciudad entre todas las tribus de Israel para que se edificase una casa, y mi nombre estuviera allí, sino que escogí á David para que fuera jefe de mi pueblo Israel. Y mi padre David tenia bien grabada en su corazon la idea de edificar una casa al nombre de Jehová, Dios de Israel; pero Jehová dijo á David mi padre: «¡Qué bien has hecho en concebir la idea de edificar una casa á mi nombre! Sólo que no serás tú el que la levantarás, sino tu hijo.» Y Jehová ha confirmado la palabra que habia dado: yo he venido en lugar de David mi padre, me he sentado sobre el trono de Israel, como lo habia dicho Jehová, y he edificado la casa al nombre de Jehová, Dios de Israel, y he preparado un lugar al arca, en la cual está la alianza que Jehová hizo con nuestros padres cuando les sacó de Egipto.»

Y Salomon se adelantó hácia el altar del Eterno, sobre un estrado de metal de tres codos de alto, á la vista de toda la asamblea de Israel, y poniéndose de rodillas, con las manos extendidas al cielo, dijo: «Jehová, Dios de Israel, no hay otro Dios, ni en lo más alto del cielo, ni sobre la tierra, semejante á tí, que guardas la alianza y la misericordia á tus siervos, que marchan delante de tí de todo su corazon; tú, que has guardado á tu siervo David, mi padre, lo que le prometiste, por tu boca lo has dicho, y con tus manos lo has cumplido, como lo acredita este dia. Ahora pues, Jehová, Dios de Israel, confirma á tu siervo David mi padre, lo que le prometiste diciendo: No será quitado varon de tu linaje delante de mí, que se siente sobre el trono de Israel, con tal que tus hijos guarden su camino andando delante de mí, co-

mo tú anduviste en mi presencia. Y ahora, Jehová, Dios de Israel, confirma las palabras que diste á tu siervo David mi padre.

»Será, pues, creible que Dios habite verdaderamente con los hombres sobre la tierra? Porque si no te pueden abarcar el cielo, ni los cielos de los cielos, ¿cuánto ménos esta casa que he edificado? Pero vuelve la vista á la oracion y á los ruegos de tu siervo, Jehová, Dios mio, para que oigas la alabanza y la oracion que tu siervo hace hoy delante de tí, para que tus ojos estén abiertos dia y noche sobre esta casa, de la cual dijiste: Allí estará mi nombre. Que oigas la oracion que te hace tu siervo en este lugar. Oye los ruegos que te hace en este lugar tu siervo y tu pueblo de Israel; oye desde lo alto de tu asiento, desde lo alto de los cielos, óyenos, y sé propicio.

»Si un hombre pecare contra su prójimo, y tuviera que hacer algun juramento delante del altar en esta tu casa, tú lo oirás desde los cielos y harás justicia á tu siervo; condenarás al impío, castigándole como merece, y justificarás al justo, recompensándole segun su justicia.

»Si tu pueblo de Israel fuere derrotado por sus enemigos, porque pecare contra tí; y haciendo penitencia y confesando tu nombre te rogaran y suplicaran en esta casa, óyelos desde los cielos, perdona el pecado á Israel, tu pueblo, y vuélvelos á la tierra que diste á sus padres.

»Si el cielo estuviere cerrado, y no lloviere por causa de sus pecados, y orando en este lugar hicieran penitencia y confesaran tu nombre, y por su afliccion se convirtieran de sus pecados, óyelos en el cielo y perdona el pecado de tus siervos y de tu pueblo de Israel, enseñándoles el buen camino por donde deben marchar, y envia lluvia sobre la tierra que diste á tu pueblo en posesion.

»Si viniere á la tierra hambre, ó peste, ó sequedad, ó tizon, ó langosta, ú oruga, ó el enemigo sitiara sus ciudades, en toda plaga ó enfermedad que viniere, todo el que sintiendo su enfermedad, ya sea un particular, ó todo el pueblo de Israel, suplicare y rogare cada uno en su corazon, y extendiere su mano hácia esta casa, tú le oirás en el cielo en el lugar de tu

(1) 2 Paralip., 5, 3; Reg., 8.



morada, y le perdonarás, dando, en efecto, á cada uno, segun todos sus caminos, conforme vieres su corazon; porque vos solo conoceis el corazon de todos los hijos del hombre, para que os teman todos los dias que vivan sobre la tierra que dísteis á sus padres.

»Cuando un extranjero, que no será de vuestro pueblo de Israel, llegue de lejanas tierras, á causa de vuestro nombre, porque oirán hablar de vuestro gran nombre y de vuestra mano poderosa, y de vuestro brazo que se extiende por todas partes; cuando viniere, pues, y orare en este lugar, vos le oireis desde el cielo, asiento de vuestra morada, y hareis segun lo pida el extranjero, para que todos los pueblos de la tierra conozcan vuestro nombre y os teman como el pueblo de Israel, y experimenten ellos mismos que vuestro nombre ha sido invocado en esta casa que edificué.

»Cuando tu pueblo salga á campaña contra sus enemigos, por el camino que le mandares dirija sus súplicas á Jehová, encaminándose hácia la ciudad que has elegido y hácia la casa que yo edificué á tu nombre; desde los cielos oirás sus oraciones y súplicas, y tu le harás justicia.

»Y si pecaren contra tí (pues que no hay hombre que no peque), y airado les entregares á sus enemigos, y fueren llevados cautivos á tierra enemiga, lejos ó cerca, é hicieron penitencia de corazon en el lugar de su cautiverio, y convertidos imploraran tu misericordia en su cautiverio, diciendo: Hemos pecado, hemos obrado inicualemente y cometido la iniquidad, y volvieron á tí de todo corazon y de toda su alma, de la tierra de sus enemigos á la que fueron llevados cautivos, y te hicieron oracion vueltos hácia el camino de su tierra, que diste á sus padres, y hácia la ciudad que escogiste y hácia la casa que yo edificué á vuestro nombre, oirás desde el cielo, asiento de tu morada, sus oraciones y sus plegarias, y tomarás su defensa, y propicio por el pueblo que pecó contra tí perdonarás todas sus iniquidades con que hubieren prevaricado contra tí é infundirás misericordia en aquellos que les tuvieren cautivos para que se compadezcan de ellos; porque es tu pueblo y tu herencia,

al que sacaste de la tierra de Egipto de en medio del horno de hierro. Que tus ojos estén abiertos á los ruegos de tu siervo y de tu pueblo de Israel, para que le oigais en todas las cosas que te pidieren; porque tú, Señor Dios, les has separado para herencia tuya de entre todos los pueblos de la tierra, segun lo has manifestado por Moisés, tu siervo, cuando sacaste á nuestros padres de Egipto, ¡oh Adonai! ¡oh Jehová (1)!»

Quando hubo terminado esta súplica y esta invocacion á Jehová, levantóse de la presencia del altar de Jehová, pues tenia puestas las dos rodillas en tierra y las manos extendidas hácia el cielo. Y de pié bendijo en alta voz á toda la multitud de Israel, diciendo: «Bendito sea Jehová que dió paz á su pueblo de Israel, segun promesa suya. No cayó en tierra ni una sola de sus palabras, que dijo por boca de Moisés, su siervo. Jehová, nuestro Dios, sea con nosotros como lo fué con nuestros padres; que no nos abandone ni nos deje de su lado, sino que, al contrario, incline nuestros corazones hácia Él, para que andemos siempre en sus caminos, y guardemos sus preceptos y cuanto ha prescrito á nuestros padres. Y que las palabras con las que yo he rogado á Jehová estén siempre á su presencia noche y dia, para que de dia en dia haga justicia á su siervo y á su pueblo de Israel, y para que todos los pueblos de la tierra sepan que Jehová es Dios y ninguno otro como Él. Que nuestro corazon sea tambien perfecto con Jehová, nuestro Dios, para que podamos seguir sus preceptos y guardar sus mandamientos como hoy.»

Acabada esta súplica de Salomon, bajó fuego del cielo y consumió los holocaustos y las víctimas; y la majestad de Jehová llenó toda la casa, de tal suerte que los sacerdotes no podian penetrar allí, porque la majestad de Jehová llenaba toda la casa de Jehová. Todos los hijos de Israel vieron bajar el fuego y la gloria de Jehová sobre la casa, y se prosternaron con el rostro en la tierra, y adoraron y alabaron á Jehová, porque es bueno, porque su misericordia es eterna.

(1) 3 Reg., 8, 12-53.



Y el rey y todo Israel con él inmolaban víctimas delante de Jehová; porque Salomon inmoló al Eterno, como hostias pacíficas, veintidos mil bueyes y ciento veinte mil ovejas; y dedicaron así la casa de Jehová el rey y todos los hijos de Israel. Y los sacerdotes estaban cada uno á sus funciones, y los levitas á los instrumentos destinados á cantar los himnos de Jehová, que David habia compuesto para alabar á Jehová, porque su misericordia es eterna. Frente á ellos, los sacerdotes tocaban las trompetas, y todo Israel se mantenía en pié.

Esta dedicacion duró los siete dias que precedieron á la fiesta de los tabernáculos, que duró otros siete, de suerte que el pueblo estuvo reunido por espacio de catorce dias. Como el altar de los holocaustos no era bastante capaz para todas las víctimas, por más que tenia veinte codos de largo y otros tantos de ancho, Salomon consagró para esta ocasion el centro del átrio del templo, colocando en él á lo que parece un altar temporal.

Y al octavo dia de la fiesta de los tabernáculos, décimoquinto de toda la solemnidad, Salomon volvió á enviar á la multitud, que habia acudido desde la entrada de Emath, actualmente Antioquia de Siria, hasta el rio del Egipto. Y bendijeron al rey, y se volvieron á sus tiendas con alegría y el corazon lleno de gozo por todos los bienes que el Eterno habia hecho á David, á Salomon y á todo su pueblo (1).

Entre todas las cosas notables de esta relacion, hay sobre todo una que no se nota generalmente; esta es la gran parte que tuvieron los extranjeros en la construccion del templo. Ciento cincuenta y tres mil seiscientos extranjeros, á los cuales hay que añadir los obreros de Tiro y de Sidon, preparan y llevan los materiales. Con ellos no hay más que treinta mil, es decir, ménos de una quinta parte de israelitas de origen. Los arquitectos tirios, con los de Judá, ponen los materiales en obra; el que preside á la ejecucion es un tirio nacido de una mujer israelita. Este templo, construido por extranjeros, es tambien para ellos. Muy lejos de excluirles de él, Salomon, en su bella

súplica, les reconoce expresamente el derecho de ir á él y de suplicar en él al Eterno. Y él comprende, no solamente á los extranjeros ó prosélitos que moraban en el país, sino á los extranjeros *Nacri*, que procedan de una tierra lejana. El templo era así desde entonces un centro visible de unidad religiosa, no solamente para los israelitas, sino tambien para todos los hombres.

Hay algunos que preguntan: ¿Para qué un templo? Lo que equivale á preguntar: ¿Para qué el mundo? Porque el mundo entero no es más que un templo que Dios ha construido. No tenia ninguna necesidad de él; él mismo es su templo y su adorador; pero ha querido comunicarse á las criaturas, ha querido comunicarse á nosotros; nos da para esto, en la proporcion correspondiente, lo que hemos de hacer, segun lo que él ha hecho y lo que él mismo es; el construirle templos materiales, como él se ha construido uno de esta suerte en el mundo; el llegar á ser, por su gracia, un templo espiritual, como él es para sí mismo un templo inefable y eterno; y todo esto para merecer el entrar como piedras vivientes en este templo eterno é inefable.

El templo de Salomon sobre todo tenia más de un fin, no solamente para el presente, sino para el porvenir; en el presente, unir entre sí á todos los hijos de Jacob, y con ellos todos los fieles esparcidos sobre la tierra; en el porvenir, prefigurar la estructura de la Iglesia cristiana, la edificacion de cada alma santa, la glorificacion final de Dios en las criaturas, y de las criaturas en Dios, con la dedicacion de la eternidad.

El monte de Jehová, que sostiene todo el templo, es el Cristo; las piedras preciosas colocadas en los cimientos, son los profetas y los apóstoles; los que debian continuar el edificio, son todos los fieles. «Nosotros somos la casa de Cristo,» dice San Pablo á los fieles de Judea (1). «Allegadnos al Señor, dice San Pedro; sed edificados sobre él como piedras vivas para formar una casa espiritual (2).» Estas piedras, talladas en el mundo por el martillo de la aficcion, pu-

(1) Heb., 3.

(2) 1 Pet., 2.

(1) 3 Reg., 8, 2; Paral., 5, etc.



limentadas por toda clase de pruebas, son puestas en su lugar correspondiente sin ruido, y unidas entre sí por el lazo de la caridad. El tabernáculo, movable ó portátil, indica el viaje; el templo, inmutable y de piedra, indica el término, la patria; en la construcción del tabernáculo, no trabajan más que hebreos, pero con las riquezas del Egipto; en la construcción del templo, los gentiles componen el mayor número, pero trabajan con las riquezas de los hebreos; en la sinagoga, los arquitectos, los pastores, son todos de la raza de Jacob, pero edifican con las verdades abandonadas por las naciones; en la Iglesia cristiana, la mayor parte de los pastores y de los arquitectos son descendientes de las naciones, pero edifican con las verdades despreciadas por los judíos. El modelo del templo era el tabernáculo; el modelo del tabernáculo fué enseñado á Moisés sobre el monte. Este modelo divino se realiza todos los días en la Iglesia cristiana, pero no será perfecto más que en el cielo.

El discípulo muy amado, la vió de antemano en su inmortal esplendor.

«Yo ví entonces, dice, yo ví un cielo nuevo y una tierra nueva; porque el primer cielo y la primera tierra habian desaparecido, y la mar no existía ya. Y yo, Juan, ví descender del cielo la ciudad santa, la nueva Jerusalem, que procedía de Dios, ataviada como lo está una esposa para su esposo. Y oí una voz fuerte salida del trono, que decía: Ved aquí el tabernáculo de Dios con los hombres, y morará con ellos. Ellos serán su pueblo, y Dios, en medio de ellos, será suyo. Y Dios limpiará todas las lágrimas de sus ojos; y no habrá ya ni muerte, ni clamor, ni dolor, porque las primeras cosas pasaron. Entonces, el que estaba sentado en el trono, dijo: Quiero hacer nuevas todas las cosas. Y me dijo: Escribe, porque estas palabras son muy ciertas y verdaderas. Y me dijo también: Hecho es; yo soy el alfa y la omega, el principio y el fin. Yo daré gratuitamente á beber de la fuente de agua viva al que tuviere sed. El que venciere, poseerá estas cosas, y será yo su Dios y él será mi hijo. Mas los cobardes é incrédulos, execrables, homicidas, fornicarios, hechiceros, idólatras y todos los mentirosos, ten-

drán su parte en el lago que arde en fuego y en azufre, que es la segunda muerte.

»Vino entonces uno de los siete ángeles que tenían las siete copas llenas de las siete plagas postreras, habló conmigo y me dijo: Ven acá y te mostraré la esposa que tiene al cordero por esposo. Y me llevó en espíritu á un monte grande y alto, y me mostró la gran ciudad, la santa Jerusalem, que descendía del cielo de la presencia de Dios, revestida de la gloria de Dios; su luz era parecida á una piedra preciosa, tal como una piedra de jaspe trasparente como el cristal. Tenía un muro grande y alto con doce puertas, y en las puertas doce ángeles, y nombres escritos, que eran los nombres de las doce tribus de los hijos de Israel. Por el Oriente tenía tres de estas puertas, tres al Septentrion, tres al Mediodía y tres al Occidente. El muro de la ciudad tenía doce fundamentos, donde estaban los doce nombres de los doce apóstoles del Cordero. El que hablaba conmigo tenía una caña de oro para medir la ciudad, sus puertas y el muro. La ciudad estaba construida en forma cuadrada, tan larga como ancha. Midió la ciudad con su caña de oro hasta la extensión de doce mil estadios; y su longitud, latitud y altura son iguales. Midió también su muro, que era de ciento cuarenta y cuatro codos de medida de hombre, que era la del ángel. El muro estaba construido con piedra de jaspe, pero la ciudad era de un oro puro semejante á un vidrio limpio. Los fundamentos del muro de la ciudad estaban adornados con toda clase de piedras preciosas. El primer fundamento era de jaspe, el segundo de zafiro, el tercero de calcedonia, el cuarto de esmeralda, el quinto de sardánica, el sexto de sardio, el sétimo de crisólito, el octavo de beril, el noveno de topacio, el décimo de crisopraso, el undécimo de jacinto, el duodécimo de ametisto. Las doce puertas eran de doce perlas, y cada puerta estaba hecha de una perla; y la plaza de la ciudad era un oro puro, como vidrio trasparente. No ví templo en la ciudad, porque el Señor Dios Todopoderoso y el Cordero es el templo de ella. Y la ciudad no tiene necesidad del sol ni de la luna para brillar, porque la gloria de Dios la alumbraba, y la lámpara de ella es el Cordero.



Las naciones marcharán á su luz y los reyes de la tierra llevarán á ella su gloria y honra. Sus puertas no serán cerradas de día, porque no habrá allí noche. A ella llevarán la gloria y la honra de las naciones. No entrará en ella ninguna cosa contaminada, ni ninguno de los que cometan abominación ni mentira, sino solamente los que están escritos en el libro de la vida del Cordero (1).»

Así en lo que respecta al templo, como en lo demás de la religion, todo se continúa, todo se desenvuelve. No es en un principio más que piedra sobre la cual Jacob descansa su cabeza; despues una tienda, más tarde una casa, luego una sociedad esparcida sobre la tierra, y últimamente su glorificación en el cielo. Pero es-

(1) Apoc., cap. XXI.

ta piedra, que Jacob erige en monumento, que unge con aceite y llama Bethel, ó casa de Dios, le ha hecho ya entrever todo lo que prefigurará, no sólo el tabernáculo de Moisés y el templo de Salomon, sino todo lo que realizará la Iglesia de Cristo, todo lo que se cumplirá en el cielo por una eterna dedicación. Entrevió la reconciliación del cielo y de la tierra, la unión de Dios y del hombre; vió á Dios, á sus ángeles y al hombre, no constituyendo en conjunto más que una sociedad ó Iglesia, la vió y exclamó: «Formidable es este lugar, no es sino la casa de Dios y la puerta del cielo.» Y el patriarca en Bethel, y el apóstol en Patmos, ven la misma cosa; la única diferencia que hay es, que el uno ve oscuramente lo que el otro ve con claridad, el uno ve en el porvenir lo que el otro ve cumplido.